

No me jodas, no te jodo. Crónicas escritas por y para El Alto. Segunda edición. Selección y nota preliminar de Alexis Argüello Sandoval. 339 páginas. El Alto, Bolivia: Sobras selectas, 2024.

Perros y minibuses, brujos y taxis, pingüinos y cholets, son solo algunas de las entidades que contribuyen a la bulla y el caos que caracterizan El Alto en esta compilación entretenida e insólita. En años recientes, El Alto se ha establecido como referencia cultural indispensable en la región andina y más allá, particularmente en el ambiente de letras y literatura. En los últimos diez años, la imaginación urbano-popular ha sido captada por una nueva generación de escritores cuyas voces y experiencias han sido amplificadas a través de nuevas casas editoriales, como Sobras selectas. Bajo la visión e inspiración del editor y gerente infatigable, Alexis Argüello Sandoval, Sobras selectas ya ha publicado 13 libros en adición a éste, todos escritos por y para los alteños. Esta compilación nos brinda una visión caleidoscópica de una ciudad que (casi) nunca duerme y que todavía está en camino, bajo construcción constante.

El título de la compilación refleja el sentido de humor incluso macabro de esta ciudad fundada casa por casa, lote por lote, por migrantes en su gran mayoría de descendencia aymara. Y el subtítulo refleja que la voz del volumen no proviene sólo de una serie de individuos sino de la colectividad que es El Alto. Esta colectividad es un sujeto político y estético activo, que se representa con orgullo, determinación, y una profunda apreciación de los altibajos de la vida cotidiana a 4000 metros sobre nivel del mar.

Hay 29 crónicas en total, cada una presentando ángulos distintos sobre esta ciudad “inesperada” que recién se fundó hace 35 años. Por su espíritu emprendedor, los residentes han construido sus casas machón por machón, señalando que el próximo piso está por llegar (Caparrós). Las 29 son escritas por un rango de escritores ya establecidos (Quya Reyna, *Los hijos de Goni*) y emergentes, y todas merecen ser leídas una y otra vez por la calidad del

contenido. A veces absurda, a veces devastadora, cada crónica es fiel a la versión particular del entorno que su autor/a describe.

Se podría nombrar cientos de temas presentes en las crónicas, pero señalaré algunos que me resaltaron. En su conjunto, los autores nos sumergen en el crisol de la cultura alteña a través de los cinco sentidos, construyendo un sentido común alteño insólito. En “Hocicrónica”, Gabriela T. Sejas Zeballos observa que “Para comprender una ciudad tienes que vivir en ella, recorrerla día a día, integrarte, respirarla. . . y sumergir el cuerpo, al igual que sumerges las manos dentro un saquillo de granos” (88). Si para Sejas Zeballos El Alto es un acto de sumersión corporal inspirada por el tacto, para Ernesto Luis Calizaya Flores en “Érase una voz El Alto”, el aroma del palo santo, el humo del incienso, del copal y dulces naturales acompañan las guías espirituales que habitan la ciudad, ofreciendo prácticas de curación alternativas a los consultorios médicos. Todos estos sentidos nos transportan al enorme mercado 16 de julio, tanto a las casas de *yatiris* como a los sacos de papas que se desparraman en la calle.

Las crónicas también trazan una tensión constante entre un sujeto colectivo que aprecia la reciprocidad [*ayni*] y otro individual que participa plenamente en el capitalismo y el mercado. Por ejemplo, en “Un fiambre” de Quya Reyna —crónica incluida en su libro *Los hijos de Goni*— ella nos cuenta sobre el *apthapi* de su escuela, una celebración anual a la cual cada estudiante llega con un plato de comida para compartir. Aunque algunos alumnos llegan con mucho y otros con poco (como en el caso de Quya Reyna), todos comparten lo que hay. Reyna utiliza su análisis del *apthapi* para comentar sobre lo que es ser un alteño: “un plato sin receta, uno que se construye desde lo que hay en casa, desde lo que se cosecha, dependiendo de la temporada” (100). A través de su descripción, se entiende la filosofía recíproca de ofrecer lo que tienes a mano, porque mañana, tal vez recibirás lo que necesitas.

Aunque los alteños contribuyen a este espíritu colectivo, El Alto tampoco es una ciudad sencillamente romántica. En su crónica “Vivir estido”, Tatiana Suárez Patiño cuestiona el concepto andino del “vivir bien”, que no compagina con su versión de El Alto, percibido como “una ciudad completamente anarquista, pero que funciona Cada quien hace lo que le da gana, pero de alguna forma la individualidad de uno puede engranarse con la del otro sin necesariamente tener que vincularse de maneras íntimas, es más bien algo tipo ‘No me jodas, no te jodo’ (197)”. Más adelante, se refiere a la expresión “su envidia es mi bendición”, para señalar la actitud alteña competitiva entre vecinos. La colección abunda en ejemplos de esta tensión entre lo colectivo y lo individual, desafiando cualquier noción romántica de lo que es ser indígena.

Otro tema recurrente es la manera en que los alteños viven, trabajan, y sufren en el espacio público, particularmente por el transporte. En la crónica desgarradora “Sangre”, Evelio Gutiérrez H., relata el caos que es el tráfico en El Alto, para explicarnos un accidente automovilístico que atestiguó desde la ventanilla de su minibus. Como lo describe, no puede dejar de pensar en la joven de 22 años que vio atropellada, lamentando a la vez el alto número de accidentes al año a causa de la densidad del tráfico. Lamenta igualmente los casi 8 años que cada alteño pasará en transporte público, esperando, suspirando, llegando tarde y, en algunos casos, gritando al chófer. Aguantar el tráfico es parte inevitable de ser alteño/a.

El espacio público de la calle también es transitado por Luis Raimundo Flores Quispe en “Pan de batalla”, una crónica que se aproxima a una filosofía del pan. En ésta, el amor y la dedicación que Flores Quispe encarna como panadero (e hijo de panadero) se comunica en cada oración, mientras el autor nos explica detenidamente cada paso de lo que es hacer pan y hacerlo llegar a su destino. Flores Quispe no pretende igualar la labor de un panadero con la de una artista o genio. Dice, “Mi trascendencia y la de mis colegas es poca y corta, es la trascendencia de la continuidad diaria, la de la supervivencia, pues sin ella no puede haber otras trascendencias más elevadas” (58). Yo diría lo opuesto: el panadero sí es un artista o genio, porque nos prepara, a todos, para la batalla que es la vida cotidiana. Flores Quispe adicionalmente tiene un libro entero sobre El Alto, *Ciudad apacheta*, que es igualmente recomendable.

Se podría decir mucho más sobre el rango de crónicas que pintan en su conjunto la identidad compleja, contradictoria, establecida, emergente y definitivamente dinámica de El Alto. El hecho que la primera edición de esta colección esté agotada es testimonio no sólo de la calidad de la compilación sino también de la sed para conocer la visión de los que crecieron en e hicieron la ciudad. Como Argüello Sandoval destaca en su nota preliminar, quedan miles de historias que contar. Pero esta colección es un paso fundamental para dar a conocer textos que revelan “un imaginario colectivo maleable, como debe ser, pero con bases sólidas” (17). Leer esta colección es invitación a ver la ciudad de El Alto más allá de estereotipos o visiones reduccionistas. Es verla, escucharla, tocarla y olerla. Y querer conocerla de nuevo.

Tara Daly
Marquette University



New articles in this journal are licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 United States License.



This journal is published by the [University Library System](#) of the [University of Pittsburgh](#) as part of its [D-Scribe Digital Publishing Program](#), and is cosponsored by the [University of Pittsburgh Press](#).